

EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Sumario. *Hija, esposa y madre*, continuacion, por María del Pilar Sinués de Marco. — *La vuelta del verano*, por doña Antonia Diaz de Lamarque. — *Margarita de Servan*, por la condesa de Mirabeau. — *El claro dia y la oscura noche*, por Fernan Caballero. — *El lucero de la tarde*, continuacion, por doña Enriqueta Lozano de Vilchez. — *Espliecion de la lámina de confecciones* por Pamela. — LAMINA. — Una plancha de confecciones.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE PRIMERA.

HIJA.

(Continuacion).

IX.

Clara de Campoverde á Mélida.

BARCELONA Y JULIO DE 18...

Te escribo, mi querida hermana, en nombre mio y en el de nuestra mamá, que llegó ayer, ó por mejor decir, á quien ayer ví, despues de dos dias que se hallaba aquí, en casa de nuestro tio, bajo el mismo techo que yo!

Hoy, Mélida, conozco cuan ingrata he sido á su amor, y te envidio á tí, que nada tienes que reprocharte; hoy siento mis ojos llenos de lágrimas, al prepararme á contarte nuestra entrevista.

¡Perdon, hermana mia, por haberte privado de su adorable compañía, apenas salida de tu pension! ¡mi silencio alarmó su ternura, y hubo de dejarte bajo el amparo de esos rústicos para venir á tranquilizarse acerca de lo que creia el mal estado de mi salud!

¡Ah! ¡mi silencio era motivado por otra causa muy distinta! estaba buena, y por la primera vez de mi vida, era tan dichosa que me olvidé de todo... de todo... hasta de nuestra madre y de tí!...

AÑO I. — NÚM. 20.

Pero debo proceder con orden en mi narracion, á lo menos en cuanto lo permitan el extravío de mi cabeza y la embriaguez de mi alma: ¡te diré en pocas palabras de qué modo he conocido cuanto es lo que me quiere nuestra madre, y de qué modo me he curado de unos sombríos celos que sentia hácia tí! ¡Sí! ¡perdóname esta confesion vergonzosa!... tenia envidia del tierno amor que te profesaba nuestra madre, y creia que yo le era del todo indiferente.

Vehemente en todos mis sentimientos, te acusaba, Mélida aunque no podia dejar de quererte, y me decia si no valia yo mas que tú en belleza, talento y gracias.

¡A no ser por el irresistible encanto que reside en tí, y que tambien en mí ejercia su influencia, te hubiera aborrecido!

¡Pero, Dios mio! ¡á dónde me conduce mi fantasia, tan desarreglada siempre! ¡no es verdad, hermana mia, que esto no debia confiarlo al papel, sino confesártelo de rodillas, delante de tí, llorando, y besando tus manos blancas y pequeñas? ¡Sí! yo sé que esto debia hacer, y sin embargo, Mélida, mi corazon se desborda, y se lanza al tuyo, tan bueno, tan noble, tan generoso! ¡mi corazon. será siempre para tí un libro abierto, ora se realice para mí el sombrío destino que antes presentia, ora ilumine mi vida el rayo de luz que ahora me tiene deslumbrada!

Llegó mamá á las seis de la mañana; yo dormia aun, y pudo combinar con nuestros tios su plan, que consistia en verme durante dos ó tres dias, sin dejarse ver de mí para no echar por tierra, sin duda, sus medidas de severidad.

Yo, que todo lo ignoraba, seguí mi acostumbrado curso de ocupaciones, y ella me estuvo viendo y escuchando todo el dia.

Por la noche nos sentamos en la galeria que nuestra tía ha llenado de macetas de flores; vinieron á pasar la velada con nosotros los amigos de costumbre y él!... ¡pero ten paciencia, Mélida... ya te diré luego quién es él!... ¡crees que es aquel estudiante de frente al colegio, de

31 DE MAYO DE 1864.

quien me creíais, y me creí yo misma prendada?... ¡Oh, no! comparado aquel con este, era el abrojo rastrero, al lado del joven laurel que levanta al cielo su cimera inmortal! ¡era la negra nube que enturbió el sereno cielo de mi alma, y este es el radiante sol que la ilumina!

¡Ah! ¡no quiero hablarte de él, Mélida, y no puedo hablarte de otra cosa! acabaré pronto lo que te decía para abrirte el pliegue de mi corazón en que está concentrada toda mi vida.

A las once se retiraron todos: nuestro tío se fué á acostar, y yo quedé sola con tía, triste é inmóvil como el ciego que ha perdido la luz, pues solo existo ya por su presencia.

—Clara, me dijo aquella con su gravedad acostumbrada, ¿escribes á tu madre?

—Ya hace tres semanas que no lo he hecho, le respondí, disimulando el rubor que me causaba esta pregunta.

—¡Qué dices! exclamó ella: ¿es posible que seas capaz de ese descuido?

—Tía, le respondí, yo también me ofendo de algunas cosas y lo estoy de que mamá no responda nunca á mis cartas.

—Ya sabes que le has dado graves motivos de disgusto: y no comprendo que ahora, que puedes, no intentes desenojarla: sí, prosiguió nuestra tía, al ver que yo la miraba estupefacta: podías desenojarla hablándole de lo que pasa... de tu amor de hoy, que le complacerá tanto como se ofendió del otro.

—¡Oh, sí! exclamé abrazando á nuestra tía: ¡y lo haré mañana mismo!

Nos fuimos á recoger: al día siguiente, mi primer cuidado fué escribir á mamá: apenas acabé mi carta, fuí á leerla á nuestra tía; pero aun no había llegado á la mitad, me hallé entre los brazos de la misma á quien me dirigía.

Mi carta era tierna y casi humilde... ¡qué mucho si soy feliz! Mélida, nada endurece tanto el corazón como la desgracia, y hay pocos dichosos que sean malos.

Yo siento resonar ahora dentro de mi alma un himno celestial: todo es bello y alegre en derredor mio: el aire es mas puro, las flores mas hermosas, el cielo mas brillante, la luna mas dulce, la campiña mas verde, el sol mas espléndido: ¿qué será esto que siento en mí? ¡pide á Dios que te lo deje sentir algun día, y podrás decir con verdad:—¡yo he vivido!

No me acuses de cruel, hermana mia, y oye ya la confianza que hace tanto rato pugna por salirse de mi corazón: el que amo, es César de Montemar, el hijo de la Mariscalá, que es también sobrino de nuestro tío, aunque no es primo nuestro: ¿comprendes bien mi felicidad? ¡nada habrá que se oponga á nuestro amor... nada... nada!...

César acaba de volver con su ayo de sus via-

ges por Alemania, Suiza, Inglaterra y Francia: ¡no sé cómo describirte su belleza á la vez soberbia y dulce! su belleza habla al alma, pero ni la palabra ni la pluma la pueden pintar: cuando él me dice que soy bonita, lo creo, porque en sus labios sonríe la verdad: cuando me habla de su amor, me siento mas orgullosa que una reina!

Es preciso que dejé este asunto, porque el correo sale: ¡ya te lo contaré todo, Mélida mia! ¡todo y tengo tanto que decirte! ¡tanto!... ¡como que es toda una vida, porque yo antes no vivía!

Mamá no te escribe: lo hará mañana, porque ahora ha ido con nuestra tía, á comprarte vestidos de campo: de mi parte recibirás dos blancos que te harán parecer un ángel! me ha dicho que te abraza con toda su alma.

Hasta dentro de dos días, Mélida: también te abraza con efusión tu amante hermana

CLARA.

(Se continuará.)

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

LA VUELTA DEL VERANO.

Ya de rubias espigas el estío
Alza su erguida frente coronada,
Y la grata estación de los amores
Veloz se aleja con lijera planta.

Pura violeta, purpurina rosa,
Azucena gentil, pálida acacia,
¿Adonde están vuestros aromas puros?
¿Adonde vuestras hojas esmaltadas?

Frescos vergeles de la patria mia,
Que al dulce soplo de las leves auras
Os mostrásteis frondosos y risueños,
¡Ay, qué se hicieron vuestras ricas galas?

¿Adonde están las aromosas flores
Que en los flexibles tallos de esmeraldas
El delicioso nectar de su seno
A la industriosa abeja presentaban?

¿Adonde están los matizados ramos?
Adonde las purísimas guirnaldas
Que recorrió la mariposa inquieta
Batiendo en ellas con placer sus alas?

¡Ay! que del sol á los ardientes rayos
Dóblanse tristes las erguidas ramas,
Y pierde el campo su mullida alfombra,
Y el dulce encanto de los bosques pasa.

Ya no suspira el ruiseñor canoro,
Ya no trina la alondra en la alborala,
Y en vez de su dulcísima armonía.
Roncos insectos sus cantares alzan.

Ya no contemplan los inquietos ojos
El dulce arroyo que con ondas claras
Entre lirios silvestres y amapolas
Con plácido rumor se deslizaba.

Secó su fuente el abrasado estio,
Y solo á recordarlo consagradas,
La amarga adelfa y la retama crecen
En su profundo cauce solitarias.

Acabó tu poder, ¡oh, primavera!
Mas qué mucho, si así tambien acaba
La risueña estacion de luz y encantos,
Que Dios ofrece á la existencia humana!

Llega el abril hermoso de la vida
Y brotan placenteros en el alma
Deseos mil que celestial arrulla
El céfiro fugaz de la esperanza.

Los gratos sueños de placer y gloria,
Le amor las ilusiones encantadas,
Flores son que purísimas el campo
De la anhelante juventud esmaltan.

Mas llega en breve el destructor estio
Y dóblanse marchitas y humilladas;
Una por una su frescura pierden
Ante el fiero poder que las abraza.

Y árido queda sin verdor ni aromas
Ni tiernas aves, ni fugaces auras
El corazon que congojado mira
La primavera de su edad pasada.

¡Oh! si tornase cual el campo un dia
Dichoso á recobrar sus muertas galas!...
¿Mas quién detiene la vejez que adusta
A herirle llega con segura planta?

Disípense los sueños de la vida.
Mas ¡ah! que el Hacedor no desampara
Al mísero mortal, y hasta la tumba
El hálito le dá de la esperanza.

Ella con blando y apacible arrullo
Aun á la triste ancianidad alhaga,
Y grata y sempiterna primavera
En la etérea mansion bríndale al alma.

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

MARGARITA DE SERVÁN,

POR LA CONDESA DE MIRABEAU.

I.

Poco distante de Saint-Brieuc, se eleva el antiguo castillo de Serván, que ha visto pasar muchos siglos y muchas generaciones.

En otro tiempo, era la vivienda de una es-
rpe poderosa: y en 1850 aun se abrigaba en su

recinto la última rama de la familia de Serván.

Juan de Hongoüet de Serván, despues de haber pasado su juventud en el mar, se retiró á sus hogares, en los que vivía con una corta pensión de retiro y con sus rentas, que eran ya entonces tambien muy reducidas. Habíase casado con una hermosa y noble jóven que le amaba, pero que era mas pobre que él: y es bien sabido que, si la fortuna no hace la felicidad, es á lo menos muy necesaria en el siglo XIX, para allanar todas las dificultades de la vida.

Mr. y Mme. de Serván soportaron en los primeros años de su matrimonio mil privaciones con resignacion y hasta con alegría: se amaban y eran jóvenes: mas despues, la vida *se hizo mas cara*, segun la vulgar, pero verdadera expresion de nuestros dias, y además nació en su hogar una hermosa niña, que se llamaba Margarita, y que estaba dotada de un encanto tan dulce y suave, como la flor cuyo nombre llevaba.

Al verla crecer tan llena de gracias, sus padres empezaron á temblar, y muchas veces se preguntaban al mirarla correr tras las mariposas en el inmenso y descuidado jardin del castillo:

—¿Cuál será la suerte de esta criatura tan tiernamente querida? ¿estará condenada, como sus padres, á vivir pobremente en medio de los restos del esplendor de sus antecesores?

Las altas murallas y las soberbias torres de Serván parecian insultar la miseria de los que vegetaban á la sombra de estas marchitas grandezas; el viento del mar, en los dias de tormenta, habia arrancado las persianas, que contaban un siglo de servicios, habia roto las contra ventanas, y venia á silbar agudo y estridente, en los salones abovedados.

Para huir del triste asilo de aquel castillo ruinoso, hubiera sido preciso vender á Serván: pero este sacrificio era superior á las fuerzas del anciano caballero: dotado de una naturaleza indecisa y paciente, se prometia y esperaba que aquel que dá el alimento á los pajarillos, no abandonaría á su querida Margarita.

Murió, en fin, Mr. de Serván en 1855, y tres años despues, su esposa se estinguió lentamente, minada por las fatigas de su espíritu y por el dolor de su inmensa pérdida: vió acercarse con terror su hora postrera, y su pobre alma no podia resignarse á dejar el mundo, en que Margarita quedaba sola y sin amparo.

Mme. de Serván no tenia mas que parientes lejanos, que habitaban muy distantes de ella, y que apenas se acordarian de la pobre huérfana: ¿á quién, pues, confiarla? ¡A Dios solamente!

Esto fué lo que hizo la moribunda, colocando sobre la cabeza de Margarita la mano del anciano cura de Serván: sus labios, helados ya por el soplo de la muerte, no pudieron articu-

lar una palabra, pero su pensamiento fué comprendido, y Margarita fué, desde aquel instante, la hija de adopción del santo anciano que la había bautizado.

La muerte avanzaba. Mme. de Serván rezaba en lo íntimo de su alma, no por ella, sino por su hija: sus días de prueba iban á concluir: días de su hija empezaban entonces! su pensamiento entero se hallaba concentrado en esta idea dolorosa, hasta que fué á encontrar el supremo consuelo en el seno de Dios, padre de todos y fuente de misericordia y de amor.

II.

Margarita encontró un asilo cariñoso en casa del buen cura: la justicia se encargó de recoger la mísera herencia de la casa de Serván.

Las tierras, gravadas de hipotecas, fueron vendidas en pública subasta; solo quedaron á la huerfanita veinte mil francos, que el vicario empleó en papel del Estado, y cuya suma formaba á la vez su dote y su patrimonio.

Un agente de negocios, de París, compró el antiguo castillo de Serván para una opulenta dama, su cliente: era esta señora Mme. de Courtavel, viuda de un hermano de Mme. de Serván. Margarita y su madre no habían tenido relaciones con ella, desde hacia largo tiempo, y, por otra parte, apenas pueden contarse como parientes á los que lo son por afinidad, y que no pertenecen á la familia, ni por los lazos de la sangre, ni por los del afecto.

Mr. de Courtavel se había casado con una rica heredera, Mlle. Bonjean, dándole su nombre en cambio de su dinero: fué este un negocio concluido delante del notario, y en el que el corazón no había tomado parte alguna: un contrato y no un matrimonio, y los jóvenes esposos ni hallaron la dicha ni la merecían.

Mr. de Courtavel gastó las rentas de su mujer, y Mlle. Bonjean se adornó con el escudo de nobleza de su marido, como se adornaba con una guirnalda de flores.

Pasaron algunos años de esta suerte, y al cabo de ellos, Mr. de Courtavel cayó del caballo en unas carreras y fué conducido sin vida á su casa: no hay que decir que el sentimiento de Mme. de Courtavel no le impidió ocuparse de un primoroso luto, y que lloró muy poco á su esposo.

¿Y para qué afligirse? tenía todo lo que podía desear: el nombre de su marido, la fortuna de su padre, y una completa independencia.

Ni por un instante tuvo el loco pensamiento de volverse á casar: su primer matrimonio no le había inspirado el deseo de contraer un segundo enlace, y arregló su vida para el porvenir que se le presentaba lleno de encantos.

Mme. de Courtavel tenía una hija que le era entonces completamente indiferente: la pequeña Lucia era muy fea, y su madre, que no conocía mas que los goces del amor propio, no experimentaba ningun sentimiento de ternura maternal por esta niña desgraciada, á la que ningun adorno conseguía embellecer.

Mme. de Courtavel hizo un viaje á Italia, y dejó á su hija en pension: pasó dos años recorriendo diferentes capitales, y al cabo de ellos regresó á París.

Esperábala allí la mas grande y agradable sorpresa. Lucia—á la que un observador mas perspicaz y menos egoísta que su madre, hubiera concedido fácilmente la posibilidad de embellecerse—no era ya la niña que dejó al ausentarse de París: la brillante mariposa había salido de su crisálida: la dichosa madre apenas podía reconocer á aquella hija tan desdeñada: la niña se había trasformado, y era ya una sorprendente é intachable hermosura.

Tenía rasgos de una regularidad perfecta, una tez encantadora, cabellos negros y brillantes como el azabache: y sin embargo, la admiración que á primera vista inspiraba, no podía durar, porque sus hermosos ojos no estaban jamás animados por un rayo de bondad, ni por el augusto reflejo de la inteligencia: su boca fina y de precioso dibujo, no tenía otro juego que un pliegue desdeñoso, que se renovaba invariablemente á cada instante, y parecía formar parte de su bella fisonomía.

Era una admirable estatua que se atraía las miradas sin encantarlas: pero esta circunstancia no podía ser comprendida por Mme. de Courtavel, para quien los goces de la posesión maternal fueron revelados como por encanto. La belleza de Lucia era suya, era como una parte de su lujo, y debía mostrar á su hija como enseñaba sus trenes blasonados, sus libros que jamás leía, y su espléndido palacio.

Por la primera vez de su vida, Lucia se vio acariciada por su madre, y recibió estas caricias con el pasmo temeroso de un niño á quien le ofrecen un fruto desconocido: pero fué mucho mas sensible á la ternura maternal cuando supo que dejaría aquel mismo día el Sagrado Corazón, donde había pasado diez años de su vida, para habitar el palacio de los Campos Elíseos, en el que hasta entonces solo había entrado una vez por mes, y durante algunas horas, del mismo modo que podía haber entrado de visita en una casa desconocida.

Lucia fué rodeada en casa de su madre, por todo lo que la fortuna puede procurar de agradable, y empezó á vivir para el mundo, encerrando sus sensaciones y sus deseos en el círculo esclusivo de su orgullo. Ser admirada y envidiada era para ella la felicidad suprema.

Mme. de Courtavel habia hecho, algunos meses despues de su casamiento, la visita de ceremonia á su hermana politica, acordándose luego muchas veces de la suntuosidad del castillo de Servan: cuando supo que se habia puesto en venta, pensó que esta bella morada, restaurada y decorada con lujo, seria una residencia que le proporcionaria gran importancia. La compró y llegó á ella pocos dias despues escoltada de un arquitecto y de gran número de obreros.

Algunas horas le bastaron para dictar sus órdenes y se volvió á Paris, anunciando que vendria á habitar el castillo para la primavera próxima, y que todo debia estar dispuesto para esta época.

La nueva castellana no dudó que seria recibida con aclamaciones por parte de la vecindad, á la que confiaba deslumbrar con su fausto y su esplendor, y se volvió á Paris sin pensar siquiera en preguntar por su sobrina, aunque sabia que se hallaba en la aldea de Servan, por que la suerte de la desgraciada huérfana le era completamente indiferente.

(Se continuará.)

(Arreglo del francés).

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

EL CLARO DIA Y LA OSCURA NOCHE.

A unos dá la voz noche espeluznos, y á otros inspira y eleva la mente; pero, por mas que digan sus apasionados, la noche es fea á todas luces, y sin luces, mas fea todavia. Nosotros vamos á maldecir de ella, pues esto no está prohibido ni espuesto á denuncias, en vista de que ni la osa mayor ni la menor, ni el lucero del alba, se cuidan de que motejen su dominio. Este pensamiento que me he hallado por casualidad se podria ampliar; pero los limones sin exprimir, las minas sin explotar, y los pensamientos sin ampliar, tienen mas valor, y además las ampliaciones suelen ser á los pensamientos lo que el agua al vino.

La noche no es solamente fea sino horrible; es un pedazo del caos que se agarró al globo y que sin querer desprenderse anda huyendo del sol como un facineroso de la justicia.

Dios le dijo á la luz que fuese, para chasquear al caos y á las tinieblas. Los filósofos en cambio, han vuelto á crear el caos y las tinieblas en las ideas, por chasquear á la claridad.

No tenemos presente ni queremos recordar, las cosas que á los poetas nebulosos ha inspirado esta musa Etíope, cuyo Parnaso es un calabozo y cuyo templo es aquel que labraron sin

ventanas unos aldeanos, queriendo despues introducir en él la luz á esportones.

Esto es otro pensamiento que se puede ampliar y aplicar; pero no lo haremos porque los poetas nebulosos, astros sublunares de la musa Etíope, no son tan tolerantes como los superlunares.

En cuanto á nosotros lo que generalmente hemos visto inspirar á esta triste antagonista del dia, es: miedo á los niños, horror á los enfermos, audacia á los ladrones, determinación á los malvados, á los vientos corage, á los aguaceros brios, á la mar braveza, y á todos los insectos, que se nutren de la contribucion de sangre, desvelo y ansia devoradora. No intentamos formar causa criminal á esta ya que no cómplice encubridora general de todas las maldades, sino sacar á luz lo que en sus sombras oculta, así como queremos ensalzar á su antagonista la claridad del dia, hija del sol de Dios, ese brillante sol cuyo nombre con tan buen acierto se aplica como epíteto y glorificador á la suma belleza, santidad, y sabiduría.

Por mas que diga el poeta aleman Goethe, que es su apasionado, que cada dia tiene su tormento y cada noche su descanso, no nos convence ni nos reconcilia con esa fria y callada reina Melchora por mas que seduzca á los poetas nuestros, y al ruiñeñor que es el de los pájaros á cantarla, y por mas que salpique su manto real con lentejuelas. Lo solo que puede presentar la noche en su abono, es el que le acompaña dos hermosos desposados, la Soledad y el Silencio con su hija la Paz, tres deidades que adoramos, pero es de dia, con sol, y aunque sea con moscas.

Tambien trae por paliativo á su hipocondria el sueño que nos concede para refugio contra las horas muertas que envuelve en su negra mortaja. ¡Dormir!—Dulce y blando descanso del agitado y penoso vivir!—Ojalá, que así como queda inerte en el sueño nuestro cuerpo lo quedase tambien nuestro espíritu! entonces sin ver horrores verdaderos ni imaginarios, nos hallaríamos en el Limbo, pues el Limbo, pensamos que ha de ser, un dormir sin despertar; (no emitimos este aserto como hijo de la ortodoxia, sino como parto de la fantasia.)

Solo las apariciones aman la noche, y esto, porque saben que las desprestigian los rayos del sol, esas pestañas del grande ojo del firmamento que todo lo vé hasta á sí mismo en su grande espejo el mar.

Verdad es que la noche sombría y estéril tiene entre las flores, como pudiera tenerlos una bella y poderosa princesa, su *galan*, y su *dama*; esto solo probará que hasta en las flores, brotes del corazon de la tierra, á las que da el sol colores y fragancia, las hay extravagantes ó *escéntricas*, para espresarnos con elegancia. Tenemos

en poco la elegancia *esterna* porque tiene la suerte de otras cosas tan facticias como ella de empezar arriba y acabar abajo, al revés de las verdades espresadas por el buen sentido popular en sentencias, refranes y máximas, que empiezan abajo y acaban arriba.

Para protestar alta y decididamente contra la Noche, esa tétrica madre de las tinieblas y de las tristezas, y demostrar á qué extremo somos apasionados de su contrario el claro y alegre Día, diremos que si estuviese en nuestra mano elegir nombre, caso de ser femenino, habríamos elegido en el siglo del Cid, el nombre de doña Sol; en el siglo pasado el de señora doña María de la Luz, y en el presente, el de señorita Clara; si masculino habríamos elegido el Febo que significa luz y vida.

Si pudiéramos imitar á los hombres grandes imitaríamos á Prometeo, aunque despues nos royeran los buitres las entrañas.

Si pudiésemos competir con Hércules en hacer trabajos y obras estupendas, haríamos las siguientes:

Restauraríamos el templo del Sol en el Perú.

Haríamos á las nubes pasar por encima en lugar de por debajo del Sol.

Quitariamos á las noches las tijeras con que acortan los días.

Beatificaríamos en toda conciencia á los faros.

Erigiríamos una estatua á Josué.

Premiaríamos á las abejas que fabrican la cera con una cruz de mérito, colgaríamos á los olivos que producen el aceite una medalla de honor, y concederíamos al inventor del gas el título de duque del Gas.

Todas las luces nos agradan y alegran menos la de los fuegos fátuos que sacan á los viajeros de la buena senda para hundirlos en pantanos; todas las luces nos agradan y alegran, empezando por la luz de la razon la mas clara de todas, y acabando por los fósforos, que son los granujas de las luces, por mas que lo mismo que estos unas veces queriendo y otras sin querer causen graves daños.

Por consiguiente nos disgustan los quita-luces, las pantallas, los apagadores, y los quita-soles.

Tienen nuestra preferencia y simpatías:

Entre los oficios, el de farolero.

Entre los insectos, la luciérnaga.

Entre las plantas, la lucérnula.

Entre los paises de la India, Bengala.

Entre los emperadores, el de la China, como hijo del Sol.

Entre las notas de música, la quinta en la escala.

Entre los festejos públicos, las luminarias.

Entre los regocijos, las hogueras de S. Juan.

Entre las academias, la Española, porque *da esplendor*.

Entre las hermandades, la de Luz y vela.

Entre las divisas, la de Luis XIV.

Y es nuestra mas ferviente plegaria cotidiana, la de que Dios ilumine nuestro entendimiento.

FERNAN-CABALLERO.

EL LUCERO DE LA TARDE.

(Continuacion).

—¿Ese?... es un avaro que me negaría cuanto le pidiese.

—Pehé!, quién sabe... buscando la ocasion, presentándose á él en hora en que no pudiese decir que no tenia...

—Y eso ¿cómo?

—Mira, hoy he sabido que ha ido al inmediato convento de Irache á cobrar una gran cantidad: creo que es el precio de una magnífica posesion que ha vendido. Volverá esta tarde... si quisieras podíamos dar un paseo por la alameda del molino que es precisamente su camino, y haciéndonos los encontradosos...

—¿Qué?

—Pintarle tu situacion, pedirle prestados algunos miles de reales, dándole recibo, garantías, y como él sin duda traerá su dinero no podrá negarse, sin faltar á la amistad que profesa á tu padre.

—¿Y si dijese que no?

—Si dijese que no, no habríamos perdido nada en probar, y encargándole nos guardase el secreto, quedábamos como antes.

—Pero...

—Chico, si eres tan escrupuloso y tan tímido, jamás saldrás de tus apuros. Yo creo que á grandes males grandes remedios; cuanto mas que el que te propongo nada tiene de violento.

—Bien: lo pensamos: aun queda tiempo.

—Bueno. Pero mira, ya creo que nos llaman á almorzar: bajemos al comedor, y sobre todo no tengas esa cara de acreedor desesperado.

—No te burles, Adrian; mi situacion es muy penosa.

—¡Eh! qué diantre; ya saldremos de ella; anímate y vamos á ver á tu padre y á tu linda hermana.

Y Mendoza, cogiendo el brazo de Julio, le hizo salir de la habitacion, y ambos se dirigieron al comedor.

CAPÍTULO IV.

Luisa y D. Alonso ya esperaban á los dos jóvenes, y habian enviado un criado para que fuese á buscarlos, cuando ellos aparecieron en la puerta.

Adrian fijó en la hermana de su amigo una mirada penetrante y se dirigió á su lado, en tanto que Julio se acercaba á su padre.

—Buenos dias, Luisa, dijo Mendoza inclinándose ante la joven.

—Buenos dias, caballero, contestó ella con un aire frio, y dominando en vano la repugnancia que el compañero de su hermano la inspiraba.

—Siempre tan indiferente, murmuró Adrian con aire sombrío; y sin decir una palabra mas, se sentó á la mesa.

Todos habian hecho lo mismo, y el almuerzo empezó, reinando en él la mas íntima cordialidad.

Solo de vez en cuando los ojos de Mendoza se dirigian á la joven con una expresion indefinible: á veces revelaban pasion, á veces enojo, porque de todo esto habia en su alma.

Adrian no habia amado nunca, y ante la pura belleza de Luisa, sintió su corazon agitado por un sentimiento extraño para él.

Acaso, mas que nada, escitaba su anhelo el cuantioso dote que la joven llevaría al esposo que eligiese; pero es lo cierto, que para el amigo de Julio ninguna mujer existia tan odiada como Luisa. Ella por su parte habia notado este afan; pero como no era libre, como toda su ternura estaba cifrada en Pablo, miraba á aquel hombre con un desvío sin igual.

Es cierto tambien que existia en su alma un instinto de repulsion, que la separaba de él, y que miraba con pena que así dominase á Julio.

Su amistad podia ser fatal para su hermano, pues demasiado conocia Luisa la debilidad de carácter de este, y sin saber por qué, Adrian la inspiraba miedo.

El por su parte disimulaba ante todos con el mayor cuidado el afecto que le inspiraba la joven, pues conocia que era aspirar á un imposible, el presentarse abiertamente como su pretendiente.

Sin embargo, á veces soñaba con ser dueño de su amor, pues era astuto y resuelto, y esperaba conseguir con el engaño ó con la violencia, lo que no podia solicitar franca y lealmente.

Durante todo el desayuno, Julio estuvo preocupado y sombrío. La idea de que don Alonso llegara á conocer los detalles de su vida pasada en París, le dominaba á su pesar, cubriendo su frente de sombrías nubes.

Su padre y su hermana daban poco valor á

tales apariencias de disgusto, pues estaban acostumbrados á estas alternativas que formaban el carácter especial de Julio.

D. Alonso participó á sus hijos que acaso no podrian volverle á ver en el resto del dia, pues un deber de su destino le llamaba fuera de casa algunas horas.

—No me espereis, pues, para comer, les dijo, porque tal vez venga muy tarde.

—¿Pues cómo?...

—Sí, tengo que hacer: deberes penosos cuyo cumplimiento me afecta en extremo. Hijos míos, el cargo que tengo es triste, pues está basado en buscar la verdad, en conocer en toda su deplorable desnudez los crímenes de los hombres.

—Cómo, ¿tiene V. algun nuevo delito que castigar?

—Casi, casi. Se trata de una quiebra fraudulenta, de un hombre en quien sus amigos habian puesto su confianza, y que ha correspondido á ella arruinándolos infamemente.

—¿Es posible? preguntó Luisa con aire de candor.

—Sí, nada mas cierto. Sus vicios le han conducido á la ruina, en la que ha arrastrado á muchos hombres honrados. ¡Oh! para tales delitos no debe haber perdon. La desgracia producida por la culpa no puede nunca esperar compasion ni olvido.

Julio se puso pálido al escuchar las palabras de su padre: era evidente que no podia aguardar de él ni indulgencia ni piedad.

Adrian lo comprendió tambien así, y pensó que esto bastaria á decidir á su amigo á aceptar el medio que acababa de proponerle, y del cual él esperaba sacar algun partido, haciendo que Julio satisficiera por completo las deudas que habian contraido juntos, y tenerlo además siempre bajo su dominio, ligado por la participacion de sus secretos.

El señor de Padilla se levantó sin reparar en la turbacion de su hijo, y salió del aposento despues de haberse despedido de todos.

Luisa apenas podia contener su alegría: la ocupacion de su padre la dejaba en libertad mas pronto de lo que juzgaba, y aunque la carta de Pablo le decia que llegaria al anochecer, ella con la impaciencia de su corazon, queria salir á su encuentro, para precipitar el instante de verle.

Deseando sorprender á su esposo, pensó ir á aguardar su venida en el mismo sitio donde se vieron por primera vez, y donde tantos recuerdos de amor y felicidad se encerraban para ellos.

Tambien concibió la idea de ir acompañada de la pequeña Clara, para que fuese completo el placer de Cisneros.

Una vez decidida á ello, solo pensó en el

modo de hacer mas corto el tiempo que la quedaba que esperar.

Adrian y Julio contribuyeron á sus deseos, pues tambien se despidieron de ella hasta la noche, pretestando que iban á dar un paseo por las afueras de la ciudad.

Cuando la jóven quedó libre, echó sobre sus hombros un abrigo de terciopelo, y poniéndose un sombrero, llamó á una doncella, la misma que habia servido á su madre y que sabia todo el secreto de su casamiento, y salió con ella de su casa.

Media hora despues llegaba á la cabaña de Marta, y con la efusion y el anhelo de un amor infinito, cubria á su hija de besos y caricias.

Clara, que ya contaba dos años, recibió á su madre con la mas dulce y cándida alegría, devolviéndola con creces sus apasionadas muestras de ternura.

—¿Quieres venirte conmigo, hija mia? le preguntó Luisa con dulce acento.

—Sí, sí, mamá, dijo la niña batiendo las palmas con placer.

—¿Va V. á llevársela, señorita? preguntó la nodriza alarmada y tratando de tomar en sus brazos á la pequeña Clara.

—No, Marta, no: es solo por algunas horas: desgraciadamente esta niña no puede vivir aun á mi lado.

—Perdone V., yo creí...

—Dentro de algunos dias acaso se habrá roto el misterio de su nacimiento, y me será permitido tenerla junto á mí, besar su frente cuando el sueño cierre sus ojos, y recibir su primera sonrisa cuando despierte; podré gozar al fin toda esa santa ventura que Dios ha otorgado á las madres al darlas este sagrado título.

—¡Oh! señorita, V. será feliz, pero yo...

—Tranquilízate, Marta. Si tú amas á esta niña vendrás á vivir á su lado: afortunadamente soy rica, y podré recompensar los cuidados, y los desvelos que has consagrado á mi hija. Con ella, pues, vivirás, solo que en vez de ser tú únicamente quien esté á su cuidado, tendrá dos madres, mientras nosotras solo tendremos una hija.

La buena Marta enjugó una lágrima que corria por sus tostadas mejillas, y para disimular su emocion, corrió al interior de la casa á traer lo necesario para que Clara acompañase á su madre.

Entre tanto Luisa la contemplaba con ternura, y gozaba ya con el pensamiento de las nuevas gracias que Pablo iba á notar en ella.

—Cuando él se marchó, decia, apenas sabia tenderle sus manecitas y sonreir mirándole: hoy ya le llamará, corresponderá á sus halagos, y le devolverá sus besos. ¡Oh! ¡cuánta felicidad en

un solo momento! Únicamente falta que pudiera presenciara mi pobre madre.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

ESPLICACION

DE LA LÁMINA DE CONFECCIONES.

Núm. 1. Gorra para reunion de confianza. Este modelo se ejecuta en tul de ilusion sobre el cual cae un fanchon en aplicacion de Inglaterra: al lado izquierdo del fanchon se pone un lazo de cinta, núm. 9, con un cabo flotante.

Núm. 2. Gorra para casa, con fondo de muselina, adornada de una catalana de la misma tela, hecha á grandes pliegues y guarnecida de un encaje negro.

Núm. 3. Gorra para casa tambien con fondo caído de muselina, adornado de un fanchon de guipure. Sobre un lado, lazo de cinta escocesa.

Núm. 4. Gorra de muselina de fondo redécilla, adornado de una catalana simulada por entredoses. Esta gorra se guarnece de un escarolado de Valenciennes mezelado de lazos de cinta.

Núm. 5. Gorra formando diadema de muselina. El fondo está fruncido por enmedio y atravesado por un entredos. El adorno que constituye la diadema se borda á plumetis, y se almidona fuertemente.

Núm. 6. Gorra de tul de ilusion con fondo redécilla, atravesado por ruches de blonda. Sobre los lados un ancho entredos de blonda. Un escarolado de blonda adorna el centro de delante.

Núm. 7. Manga de codo de muselina rayada por entredoses guarnecidos de Valenciennes.

Núm. 8. Manga de nansouk, formando un bullon grande, terminado por un puño alto, sobre cuyo lado cae un Valenciennes.

Núm. 9. Cuello de nansouk, adornado por un entredos de encaje: otro encaje muy ancho forma delante corbata.

No damos hoy nuestro parecer acerca de la aplicacion de los diversos objetos que constituyen nuestra lámina de confecciones, porque todos ellos se adaptan á los gustos mas diversos y mas distinguidos: cada señora puede elegir el que le sea necesario, pues nosotros le respondemos de su perfecta elegancia.

Cuando las láminas de esta clase lo exijan, seguiremos siendo, como en todo lo demás, los cariñosos consejeros de nuestras bellas suscriptoras.

PAMELA.

Por todo lo no firmado,
MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSE MARCO.

MADRID: 1864.—IMPRESA ESPAÑOLA, TORIJA, 14.